

La carretilla

La verdad es que a la anécdota de la carretilla no la recuerdo yo, sino que la conozco por que me la han contado. Pero me pareció tan divertida y a la vez tan tierna, que creo que merece ser relatada. Ocurrió en Navidad, así que voy a aprovechar para contarles un poco acerca de cómo festejaba mi familia las Fiestas allá por los años setenta.

Nosotros teníamos por costumbre celebrar la Nochebuena en casa de mis abuelos maternos, Pepe y Haydée. Como mis padres estaban separados, la costumbre indicaba que al día siguiente teníamos que almorzar con mi Papá, para compensar. Lo mismo ocurría, por lo general, para Año Nuevo. Era un lío, porque a veces queríamos cenar con Papá, pero no se podía. En realidad, lo que nosotros hubiéramos querido era que cenáramos todos juntos, pero era muy claro que eso no iba a ocurrir, al menos por un tiempo.

El grupo familiar que se reunía en lo de mis abuelos era bastante grande; por lo general, éramos entre 15 y 20 personas. Había un grupo que siempre estaba: mis abuelos, mi mamá y Daniel (su segundo esposo), mis hermanos Guillermo, Martín y posteriormente Paco, mis tíos Ernesto y Nelly y mis primos Germán y Cristian (y luego José Ignacio). A este grupo se le agregaba, casi siempre, los abuelos de mis primos (Abel y Olga) y la hermana de mi tía (Alicia). Otros parientes un poquito mas lejanos –tíos abuelos, primos de mi mama- aparecían cada año o dos. Y por ultimo, había algunos que se unían a nosotros en ocasiones muy especiales.

Las Fiestas en Argentina son muy particulares. Por empezar, Navidad es en verano! Es decir, las noches, si bien en Necochea eran fresquitas, también pueden ser calurosas, y definitivamente no hay nieve. Pero al ser Argentina un país con raíces europeas muy fuertes, las tradiciones también se han heredado. Por ejemplo, la costumbre es cenar hasta muy tarde en la noche del 24, y luego esperar a que se haga medianoche para salir corriendo a abrir los regalos. Mi primo Cristian y yo fingíamos abrazar y hacer mimos a nuestros tíos y abuelos, pero en realidad lo que hacíamos era adelantarle los relojes! De todos modos, no servía para nada, porque hasta que no escuchábamos la sirena de los bomberos no era medianoche...

Otra consecuencia de nuestra herencia europea (sobre todo italiana y española) es el tipo de comidas que preparamos para Navidad. Nos llenábamos la barriga con platos que eran ideales para Navidad... en España, donde la temperatura era bajo cero. Pero eso de andar comiendo lechón frío de entrada (o appetizer, como dicen ustedes) en pleno Diciembre, con 30C de temperatura, no era muy brillante que digamos. Y no terminaba ahí la cosa, porque después venían unos arrollados con mucha mayonesa y atún, y otras comidas así que te dejaban tirado en el piso, con la panza a punto de estallar. De postre, lo mismo: comíamos pan dulce, turrón y otras cosas por el estilo. Hace no mucho escuche a un cómico argentino (Luis Landriscina) relatar que parecía que estas cosas dulces se pudieran comer solo en Diciembre, porque el resto del año quedaban ahí, tirados de costado en la puerta de la heladera. El turrón tiene muchísimas calorías, lo menos que necesitábamos era comerlo en pleno verano! Por ultimo, la 'pièce de résistance': un postre hecho con pasta de maní, que en Argentina se llama "Mantecol". Comías medio Mantecol y podías escuchar a tu hígado pegarte patadas!

Otra de las costumbres de mi familia es que la figura de Papa Noel (o Santa Claus) no existía por entonces (aun en estos tiempos es mas que nada una atracción para los shopping centres). Los regalos no los hacía Papa Noel, sino que cada uno iba y compraba regalos para los demás. La idea era que celebrábamos el nacimiento de Jesús, comprándonos entre nosotros los regalos que en realidad deberían haber sido para El. No había mucho misterio, ni tampoco esa fantasía y esa excitación que ustedes tienen cuando estamos esperando que Papa Noel pase por casa, pero la verdad es que yo también me sentía muy bien sabiendo que alguien que me quería había pensado en mí y me había comprado un regalo especialmente. Eso si: que bronca me daba cuando me regalaban ropa!

Yo pedía plata a mis papás y a mis abuelos, y con ese dinero me iba a comprarles regalos a todos. Era el único de los chicos que lo hacía, y mis mayores siempre me decían que hacía regalos muy buenos, sobre todo teniendo en cuenta que mi presupuesto era muy chico. A mí me gustaba mucho hacer los regalos, porque de esa manera demostraba que yo también pensaba en mi familia.

Los preparativos comenzaban alrededor del 15 de Diciembre; por lo general, los chicos ayudábamos a mi abuela a preparar el pesebre (el lugar en que Jesús había nacido, en inglés se llama 'The Nativity'). Para eso utilizábamos la chimenea del living de la casa de mis abuelos. La limpiábamos, y poníamos un papel muy grande y todo arrugado, de color marrón, con pintitas de otros colores, que al quedar contra el fondo de la chimenea lo hacía parecer una gruta. Siempre usábamos el mismo papel! Mi abuela lo guardaba hasta el año que viene.

Armábamos el suelo, utilizando arena, piedritas, pasto falso y hasta un par de pedacitos de espejo para que parecieran charquitos. Luego, colocábamos el pesebre sobre el que descansaba el bebé Jesús, y todas las demás figuras y animalitos. Poníamos a los tres Reyes Magos (Melchor, Gaspar y Baltasar) bien lejos, en la otra punta de la chimenea, y los hacíamos avanzar de a dos ladrillitos por día para que llegaran al lado del niño Jesús exactamente el 6 de Enero. Por último, colgábamos un ángel encima del pesebre, para que presidiera la escena. En realidad, al ángel lo ponía casi siempre mi abuela, porque era muy difícil!

El pesebre o nacimiento era lo más importante, tal vez porque a diferencia del arbolito de Navidad, es algo exclusivamente religioso (los orígenes del árbol de Navidad no tienen nada que ver con la religión). Así que sólo una vez que el pesebre estaba terminado, comenzábamos con el armado del arbolito. Íbamos a la quinta de mi abuelo Pepe y seleccionábamos una rama de alguno de los pinos que habían por allí, la que el abuelo cortaba. Luego, la poníamos en un balde con arena, al que forrábamos con papel crêpe verde. Después venían las luces y las bochas (cada año tratábamos de ponerle mas luces; creo que nuestro record fueron 1500!). Por ultimo, aplicábamos unas tiras metálicas que simulaban nieve (muy mal por cierto). La verdad es que cada año parecía que el arbolito había quedado mejor que el anterior.

Con el arbolito ya armado, los regalos no tardaban en aparecer. Y se acumulaban muy pronto! Una de mis tareas favoritas era acomodar los regalos de manera de que se vieran todas las etiquetas y -sobre todo- que ocuparan la mayor cantidad de espacio posible. No era raro ver la mitad del piso del living cubierto de paquetes. Quedaba muy impresionante, pero se hacía complicado andar por la casa, así que terminábamos juntando los regalos un poco hasta que llegara el 24 a la tarde.

Volviendo al tema del relato, en esta Navidad en particular yo tendría apenas 4 años de edad. Mis primos Germán y Cristian eran más grandes que yo: tenían 8 y 5; mi hermano Guillermo tenía 7. Como Martín era todavía un bebé, en la práctica yo era el más chiquito de los primos. Siempre andábamos juntos, pero a la hora de jugar los más grandes me tenían poca paciencia. Sin embargo, más de una vez nos separábamos en grupos de a dos, y yo por lo general iba con mi primo más grande. Jugábamos mucho en la vereda (mis primos vivían a dos casas de lo de mis abuelos, así que nosotros siempre íbamos allí); también jugábamos en el subsuelo de la casa de mis abuelos, o en la casa de mis primos, que tenían una colección de autitos de juguete muy grande, y también un juego para armar del estilo del Lego, que se llamaba "Rasti" y a nosotros nos encantaba. Pero lo que más hacíamos juntos era jugar en la vereda o ir a la quinta del abuelo Pepe.

Esa Navidad nos llamó la atención que hubiera tan pocos regalos para los chicos. Para Guillermo y yo no era tan extraña la situación: como el cumpleaños de Guillermo es el 30 de Diciembre y el mío el 9 de Enero, no era raro que nos hicieran un solo regalo, más importante, y nos dijeran "Este regalo es para Navidad, Reyes y tu cumpleaños". Cuanta bronca nos daba!!!

Pero éste no era el caso, porque esta vez los afectados eran todos menos yo, y los cumpleaños de mis primos eran en Febrero y Abril. Así que no sabíamos que pensar... Se nos hizo interminable la espera hasta la medianoche, y nuevamente fallaron todos nuestros trucos para acelerar las cosas (adelantar los relojes, decir que habíamos escuchado la sirena, etc.).

Finalmente, llegó la hora y por fin pudimos ir a abrir los regalos. La decepción fue mayúscula, porque había poquitos regalos y eran más que nada ropa (yo había tenido más juguetes que mis primos y mi hermano, tal vez por ser el más chiquito). Estábamos muy enojados. Pero entonces mi mamá y mi tío nos dijeron que teníamos que ir al subsuelo de la casa de mi abuelo, porque había un regalo más para ir a ver. Bajamos sin saber que esperar, y para nuestra sorpresa nos encontramos con unas bicicletas relucientes, marca "Aurorita". Una más grande para Germán, una para Guillermo, una más chica para Cristian... y nada para mí. Yo me quedé helado. Me explicaron que yo todavía era muy chico para tener una bicicleta nueva, y que en todo caso, ahora podría usar la que tenía Guillermo antes, que era una bicicleta de color mostaza. Pero esta bicicleta estaba en casa, no en lo de Pepe y Haydée!

Por supuesto, una vez que mis primos y mi hermano se repusieron de la sorpresa, se dispusieron a salir a dar una vuelta con ellas. Y yo no tenía con que acompañarlos! Desesperado por unirme a ellos y así sentirme grande, agarre lo primero que encontré con ruedas: una carretilla chiquita que me habían regalado. Y allí salieron mis primos y mi hermano a dar vueltas manzana en bicicleta (un poco a los tumbos), mientras yo los seguía empujando una carretilla. Quién sabe cuánto habrá durado esto, pero lo bueno es que yo no me acuerdo de haberlo hecho, porque me da pena (y ternura) de mí mismo, de imaginarme corriendo a lo loco empujando una carretilla, mientras trataba de seguirle el paso a los chicos más grandes, que seguramente irían volando con sus bicicletas nuevas... Es el día de hoy que la sola mención de esta anécdota hace que Gaby y la tía Analía se maten de la risa.

Años después, me tocó a mí ser el que bajara la escalera a buscar su regalo especial. Por algún motivo que no recuerdo, mi Papa también estaba allí, y fue quien me vendó los ojos para llevarme al subsuelo junto con Mamá. Una vez abajo, me sacaron la venda y allí me encontré con mi flamante bicicleta, también marca "Aurorita", de color verde metálico. Era hermosa. Y mucho más rápida que mi carretilla!